

O SAGRADO E O PROFANO

**

HOMENAGEM A J. S. DA SILVA DIAS



INSTITUTO DE HISTÓRIA E TEORIA DAS IDEIAS
FACULDADE DE LETRAS

COIMBRA 1987

EL FRANCMASON: HOMBRE DE LA ILUSTRACION?

En la búsqueda de un modelo de personalidad que caracterice al siglo XVIII ilustrado, y que nos aproxime a un tipo antropológico — social y psicológicamente hablando — que sea común a los individuos más representativos de la época, tal vez pueda servir de utilidad el análisis del francmasón del siglo XVIII, que en algunos casos se identifica con los prototipos de la ilustración, como por ejemplo Federico II, Montesquieu, Condorcet, Voltaire... todos ellos masones, y en otros casos a los que ayudaron a configurar las Luces desde un punto de vista filosófico, como Lessing, Herder, Goethe, Fichte... todos ellos también masones. En este sentido no podemos olvidar a aquellos que sin pertenecer a la masonería sí se vieron impactados por razones familiares, como es el caso de José II, cuyo padre, Francisco Esteban de Lorena, tanto marcó desde el punto de vista masónico a su hijo José, y en especial a sus hijas María Carolina, María Ana, María Cristina y María Antonieta 0).

Masonería y Luces

El año 1717 señala convencionalmente la fecha de nacimiento de la francmasonería moderna con la fundación de la Gran Logia de Inglaterra. A partir de entonces se verificó un cambio en la orientación de la hermandad masónica o de *

* Universidad de Zaragoza.

C¹) José A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977 (2.^a edición 1983), vol. III, pp. 225-227; 252; 305-307; 310-314.

la corporación de constructores, pues, aunque se conservó escrupulosamente el espíritu de la antigua cofradía, con sus principios y usos tradicionales, se abandonó el arte de la construcción a los trabajadores de oficio, si bien se mantuvieron los términos técnicos y los signos usuales que simbolizaban la arquitectura de los templos, aunque a tales expresiones se les dió un sentido simbólico. A partir de aquel período, la masonería se transformó en una institución, cuya característica era la consecución de una finalidad ética, susceptible de propagarse por todos los pueblos civilizados (2).

El paso de la masonería medieval de los constructores de catedrales (masonería operativa), cuyos miembros se obligaban a ser buenos cristianos a frecuentar la Iglesia y a promover el amor de Dios y del prójimo, a la masonería moderna (masonería especulativa), quedó refrendado en 1723 con la redacción y publicación de las llamadas *Constituciones* de Anderson (8), en las que de una forma simbólica se hace constar que en adelante ya no será la catedral un templo de piedra a construir, sino que el edificio que habrá que levantarse en honor y gloria del Gran Arquitecto del Universo será la catedral del universo, en otras palabras, la misma humanidad. El trabajo sobre la piedra bruta destinada a convertirse en cúbica, es decir, perfecta y apta a las exigencias constructivas será el hombre, quien habrá de irse puliendo en contacto con sus semejantes. Cada útil o herramienta de los picapedreros recibirá un sentido simbólico: la *escuadra* para regular las acciones; el *compás* para mantenerse en los límites con todos los hombres, especialmente con los hermanos masones. El *delantal*, símbolo del trabajo, que con su blancura indica el candor de las costumbres y la igualdad; los *guantes* blancos que recuerdan al francmasón que no debe jamás mancharse las manos con la iniquidad; finalmente la *Biblia*, para regular o gobernar la fe (4).

(2) José A. Ferrer Renimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983, vol. I, pp. 51-54.

(9) J. Anderson, *The Constitutions of the Free-Masons. Containing the History, Charges, Regulations... of that most Ancient and Right Worshipful Fraternity*, London, W. Hunter, 1723. Sobre las diversas ediciones de esta obra cf. José A. Ferrer Benimeli, *Bibliografía de la Masonería*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, pp. 154-157; Daniel Ligou, *Constitutions d'Anderson*, Paris, Lauzeray International, 1978.

(4) Anónimo, *The three distinct Knocks, or the door of the most ancient Free-Masonry opening to all Men*, London, 1760, pp. 16-40.

Si comparamos lo que conocemos de los constructores de catedrales y de sus tradiciones corporativas, con lo que las Constituciones de Anderson conservaron para unos fines nuevos, es fácil conjeturar — afirma Riquet — las razones que impulsaron a Anderson, Désaguliers y sus contemporáneos a utilizar la logia, sus fórmulas y tradiciones. Buscaron en la masonería el lugar de encuentro de hombres de cierta cultura, con inquietudes intelectuales, interesados por el humanismo como fraternidad, por encima de las separaciones sectarias, que tantos sufrimientos habían acarreado a Europa la Reforma por una parte y la Contrarreforma por otra. Les animaba el deseo de encontrarse en una atmósfera de tolerancia y fraternidad ⁽⁵⁾.

Escuela de formación humana

La Masonería se convertía, pues, desde el primer momento en una especie de escuela de formación humana, en la que, abandonadas completamente las enseñanzas técnicas profesionales de la construcción, se transformaba en una asociación cosmopolita que acogía en su seno a hombres diferentes por la lengua, la cultura, la religión, la raza, e incluso por sus convicciones políticas, pero que coincidían en el deseo común de perfeccionarse por medio de una simbología de naturaleza mística o racional, y de la ayuda a los demás a través de la filantropía y la educación.

Las *Constituciones* de Anderson pretenden comprometer al francmasón del siglo XVIII a la construcción de un templo de amor o fraternidad universal basado en la sabiduría, la fuerza y la belleza, que constituyen los tres pilares o las tres luces de dicha organización. Sus adeptos se consideran hermanos, practican una democracia interna que lleva consigo la rotación de cargos, mantienen un cierto secreto en cuanto a las personas, y adoptan una particular simbología que llega a constituir un auténtico lenguaje dirigido no solo al entendimiento, sino también al sentimiento y a la fantasía, comprometiéndose a practicar la tolerancia, a luchar contra el fanatismo religioso y contra la ignorancia. Y debido a las

⁽⁵⁾ Michel Riquet, *Conférence prononcée dans le Lion's Club de Rambouille le 24 novembre 1962*. Cf. *La Grande Loge Nationale Française et l'Eglise Catholique*, Paris, ed. Daurer, 1963, p. 40.

condiciones ambientales y culturales desempeñaron una notable actividad en el terreno filantrópico y educativo ⁽⁶⁾.

La preocupación del francmasón por la formación del hombre tiene sus antecedentes en Jan Amos Comenius (1592-1670) cuyas ideas, en especial su pensamiento de que la enseñanza era el mejor medio para liberar al hombre y hacerlo digno de su estado, influyeron directa o indirectamente en tantos francmasones de la Ilustración. Entre estos se pueden señalar a cuatro grandes pensadores alemanes: Lessing, Herder, Goethe y Fichte.

Lessing

Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781) fue iniciado (a petición propia) en Hamburgo el 14 de octubre de 1771 en la logia *Zu den drei Rosen* si bien ya no se le menciona a partir de 1780. Tuvo un gran influjo en la masonería alemana a la que supo dar una ideología espiritualista centrada en especial en la tolerancia religiosa, moral y social. Sus propios trabajos sobre cuestiones religiosas y educativas son los que mantienen los lazos con lo que se podría llamar la ideología masónica.

Lessing, especialmente en sus *Diálogos masones* [*Freimaurergespräche*] viene a hacer una verdadera exaltación de la función que la masonería tiene en la formación del hombre. En *Ernst und Falle* o los *Diálogos masones* Lessing utiliza la forma, muy en boga en su época, del diálogo. Ernst, francmasón, explica a Falk lo que es este orden, sus fines, su razón de ser: comprensión, tolerancia, amor hacia el hombre. La Masonería no es algo arbitrario, supérfluo, sino al contrario una necesidad innata en el hombre y en la sociedad.

La Masonería tiende a eliminar las barreras que dividen a los hombres en razas, clases, religiones... La Masonería sabe cuando el patriotismo cesa de ser virtud y la religión se degrada en fanatismo. De ahí que la Masonería trabaje por una sociedad mejor. Para ser masón — dirá Lessing — no basta con pertenecer a una logia, sino que es preciso organizar la propia existencia «de forma que contribuya al perfeccionamiento de aquella obra de arte que es la humanidad entera». La Masonería no es, pues, una «cosa arbitraria y superflua»,

(6) Tina Tomasi, *Massoneria e Scuola dall'Unità ai nostri giorni*. Firenze, Valecchi, 1980. p. 8.

sino una necesidad «humana y social». En síntesis — dirá Lessing — el deber de la Masonería consiste en eliminar todo lo que separe a los hombres (7).

Herder

Por su parte Johann Gottfried Herder (1741-1803), iniciado en la logia *A l'Epée* en Riga ya en 1766, concibe la Masonería como una comunidad que sería «el ojo y cerebro de la humanidad», y la describe como «una comunidad de hombres... que reflexionan sobre el bien de la humanidad... y obran en silencio». En sus *Cartas para el progreso de la Humanidad* [*Briefe zur Beforderung Humanitat*] habla, pensando en *Ernst y Falle* de Lessing, de una «federación invisible-visible de todos los hombres que piensan en todas las partes del mundo». Su Venerable sería o bien Fausto, o bien Gütenberg; sus tres luces: la filosofía, la poesía y la historia, un triángulo luminoso por encima de las naciones, de las religiones y de las razas.

En su revista *Adastrea* (1801-1803) dedica igualmente dos capítulos a la Masonería que, por encima de las diferencias sociales y por encima de sectarismos «llevaría a la época de oro que vive en el corazón de todos nosotros».

Herder atribuye a los masones un papel importante en la vía del progreso por cuanto se ocupa del prójimo a través de la difusión de la religión y del amor, y de la transmisión de una generación a otra de las conquistas de cada una (8).

(7) Lessing, *Ernst und Falk. Dialoghi massonici*, Roma, Edinac, 1948; H. Piar, «La place de Lessing dans la Franc-Maçonnerie allemande de son temps», *Revue de l'Université de Bruxelles*, n.º 3-4 (1977), pp. 345-371; R. Karter, «Gotthold Lessing. The masonic dramatist», *Ars Quatuor Coronatorum* [London], vol. 88 (1975), pp. 98-104; E. Mencke, *Lessing als Freimaurer*, Hamburg, 1900; Paul Müller, *Untersuchungen zum Problem der Freimaurerei bei Lessing, Herder und Fichte*, Bern, Haupt, 1965; C. Pelaez Guerra, «Lessing y la Francmasonería», *Rev. Latomia* [Madrid] I (1932) pp. 35-44; Paul Naudon, «Lessing», en *Dictionnaire universel de la Franc-Maçonnerie*, Paris, Prisme, 1974, vol. I, pp. 750-751.

(8) L. Keller, J. G. Herder und die Kulturgesellschaft des Humanismus. *Ein Beitrag zur Maurerbundes*, Berlin, 1904; H. Kunzel, *Maurerischer Herder Album*, Darmstadt, 1845; Hans Maschmann, *Johann Gottfried Herder. Seine freimaurerische Sendung*, Hamburg, Akazien, 1960; Paul Wachsmann, «Herder» en *dictionnaire universel... ob. cit.*, vol I, pp. 616-617.

O Sagrado e o Profano

Goethe

Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) solicitó la entrada en la Masonería el 13 de febrero de 1780, y poco después, el 25 de junio del mismo año fue iniciado en la logia *Amalia zu den drei Rosen* de Weimar. Un par de años después el duque Karl August von Weimar entraba también en la Masonería a la que ya pertenecían varios miembros de la familia de los Brunswick. Goethe perteneció a la Masonería durante 52 años y durante ellos hubo un término masónico que Goethe apreciaba quizás demasiado, aunque en su justa medida. El término «libre». Creerse libre — dijo un día — «porque no se admite nada por encima de sí, es un error; el hombre libre es el que honra lo que está por encima de él». Pero si el ser libre tiene su importancia, lo es mucho más el caminar hacia el perfeccionamiento del hombre. Tarea, deber y arte difíciles el de la construcción de la humanidad. De ahí el valor simbólico que tienen estos versos de Goethe:

«Will du dass wir mit hinein
In das Haus dich bauen,
Lass es dir gefallen, Stein,
Dass wir dich behauen.

[Si quieres formar parte
De la casa que construimos
Es preciso, piedra, que aceptes
Que nosotros te tallemos]»⁽⁹⁾.

Fichte

Respecto a Johann Gottlieb Fichte (1762-1814) aunque se ignora el lugar y la fecha de su iniciación masónica, se tiene la seguridad de su adhesión, el 6 de noviembre de 1794, a la logia *Gunther zum stehenden Löwen* en Rudolstadt. A raíz

⁽⁹⁾ H.-J. Bolle, *Goethe francmaçon*, Genève, Ed. du Triangle, 1932; F. K. Endres, *Goethe und die Freimaurerei*, Basel, 1949; B. Freiesleben, *Goethe als Freimaurer. Seine Bedeutung für die Königliche Kunst*, Hamburg, Akazien, 1949; M. Freschi, «L'utopia massonica e Goethe», *Storia e Scienza della Letteratura* [Cremona] (1970), p. 91 y ss; R. Guy, *Goethe franc-maçon*, Paris, Prisme, 1974; J. A. Jowett, «Goethe and Freemasonry», *Ars Quatuor Coronatorum* [London] vol. 87 (1974), pp. 255-260; J. Putschy, *W. von Goethe als Freimaurer*, Leipzig, 1880; Hugo Wernecke, *Goethe und die Königliche Kunst*, Leipzig, Poeschel, 1905; P. Wachsmann, «Goethe» en *Dictionnaire universel...*, ob. cit., vol. I, pp. 553-555.

El Francmasón: Hombre de la Ilustración?

de su traslado a Berlín, entró en el otoño de 1799 en el *Royal Ark zur Freundschaft*. El 14 de octubre de 1799 dio una conferencia muy célebre sobre los verdaderos y justos fines de la Francmasonería. El mes de noviembre del mismo año, y el de abril del siguiente pronunció otras conferencias que después fueron recopiladas bajo el título de *Filosofía de la Francmasonería. Cartas a Constant*.

Las concepciones masónicas de Fichte son paralelas a las de Lessing y Goethe, pero se separan en cuanto que él se apoya consciente y fuertemente en el pueblo alemán. Lessing y Goethe se sentían más ciudadanos del mundo. Fichte, sin embargo, no abandona en modo alguno la idea evolucionista de la humanidad. Según él, el hecho de amar a su patria no excluye su pertenencia a una Orden que no hace distinciones entre las naciones. Por esta razón, Fichte ve uno de los fines de la Masonería en la eliminación de una instrucción especializada en favor de una educación humana general. En esta dirección debe trabajar la Masonería, ya que constituye en cierto sentido un fin en ella misma, al igual que la Iglesia. Si esta última aspira a la religión, la Masonería tiene por fin formar y educar al hombre.

Ningún ser es más útil a la comunidad que aquel que ve por encima del lugar que ocupa en su seno. Así, pues, la Masonería es la que levanta a todos los hombres por encima de su estado. De esta manera ella forma los miembros más útiles y más amables de la sociedad; a saber a sabios no engreídos, a comerciantes hábiles, a jueces buenos, a guerreros humanos, a buenos padres de familia que saben ser sabios educadores de sus hijos... La influencia de la masonería, de esta forma, es benéfica en cualquier oficio o estado que sea. Al desarrollar el individuo, desarrolla la humanidad. Toda la humanidad debe finalmente formar una sola comunidad puramente moral en un estado único y justo en el que el ser dotado de razón debe reinar sobre la naturaleza⁽¹⁰⁾.

De esta forma — al igual que Lessing — intentó conciliar el amor a la patria y al cosmopolitismo haciendo que el individuo superara los límites del propio ambiente y de la propia clase acercándose lo más posible al tipo ideal del

⁽¹⁰⁾ J. G. Fichte, *Philosophie der Maurerei*, Leipzig, 1925; J. G. Fichte, *Das System der Sittenlehre nach den Principien der Wissenschaftslehre*, Jena, Leipzig, 1798; P. Wachsmann, «Fichte» en *Dictionnaire universel...*, vol. I, p. 492.

hombre. La sociedad en cuanto libre reunión de personas diversas por muchos aspectos, permite que cada uno sea partícipe de cuanto los otros tienen de mejor: el intelectual aporta la lucidez de los conceptos, el hombre de negocios la habilidad práctica, el artista y religioso las dotes que los hacen tales, de modo que se actúa en un mutuo perfeccionamiento y en una continua acción educativa — directa e indirecta — en beneficio no ya de un grupo restringido, sino de toda la colectividad.

Federico II y Voltaire

Como contrapartida los testimonios de un pensamiento masónico de Federico II de Prusia y de Voltaire son más bien escasos. Federico II (1712-1786) fue iniciado en la Masonería en Brunswick el año 1758 cuando todavía era copríncipe, dos años antes de subir al trono. Parece ser que a partir de 1744 no tomó ya parte activa en la Masonería, aunque aceptó el título de *protector* de la Masonería prusiana (1). Precisamente es en la Carta Patente por la que autoriza y protege la Masonería en sus Estados — fechada en Berlín el 16 de julio de 1774 — donde señala que el fin de la institución de esta Orden es el bienestar y la utilidad de la sociedad humana, tanto en general como en particular (2).

Por su parte Voltaire (1694-1778) no fue iniciado en la masonería hasta 1778, exactamente siete semanas antes de su muerte cuando contaba 84 años de edad. El hecho de su iniciación masónica en la logia *Les Neuf Soeurs*, de París, así como el elogio fúnebre tenido en la misma logia unos meses más tarde, hay autores que los consideran como los grandes acontecimientos masónicos del año 1778 (3). No obstante, estos hechos, que conocemos hoy con todo detalle, frecuentemente han sido desvirtuados, como en el caso de

(1) El asunto de la redacción de las *Grandes Constituciones* del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, de 1786 ha sido estudiado profundamente por Paul Naudon, *Histoire et Rituels des Hauts Grades maçonniques. Le Rite Ecossais Ancien et Accepté*, Paris, 1966. Especialmente en el capítulo quinto parece queda resuelta definitivamente la cuestión. Federico II no intervino para nada en la redacción de dichas *Grandes Constituciones*.

(2) Thory, *Acta Latomorum*, Paris, 1815, t. II, pp. 68-69.

(3) J. A. Faucher/Ricker, *Histoire de la Franc-Maçonnerie en France*, Paris, 1967, p. 143.

Paul Hazard en su obra *La Pensée européenne*, quien escribe, a propósito de la iniciación de Voltaire, lo siguiente:

«Así entró en la masonería el hombre del que la logia se extrañaba de que habiendo trabajado tanto tiempo con ella no le hubiera todavía pertenecido»⁽¹⁴⁾.

Ciertamente es curioso constatar cómo un maestro tan avezado como Paul Hazard pudiera lanzar tal afirmación. Pues el hecho de que Voltaire fuera recibido en la masonería, al igual que lo fue en la Academia francesa, o en la Comedia, unas semanas antes de su muerte, plantea el problema de saber si la iniciativa de la logia *Les Neuf Soeurs* respondía a un mero homenaje de respeto y admiración pública y oficial de la obra de Voltaire — ya en el declinar de su vida, cuando se decidió a abandonar su refugio de Ferney y acercarse a París — o más bien, como insinúa Paul Hazard existía una comunidad de pensamiento entre la masonería y el filósofo. Dicho de otra manera, ¿qué relaciones existían entre Voltaire y la francmasonería? ¿Conocía Voltaire el movimiento masónico de su tiempo? ¿Qué pensaba Voltaire de los masones?

Faucher y Ricker consideran que es, sin duda, importante subrayar,

«aunque solo sea para desacreditar ciertas tesis sostenidas por algunos escritores católicos a propósito de la admisión de Voltaire en la Masonería, que el Hermano que propuso la iniciación de este escritor, que con tanta frecuencia había fustigado a la Iglesia, fue un sacerdote, el abate Cordier de Saint-Firmin».

Es posible que este hecho, así como la presencia de otros doce sacerdotes entre los miembros de la logia que inició a Voltaire, no resulte demasiado elocuente a más de uno⁽¹⁵⁾. Por otro lado pensar que el verdadero carácter del deísmo o teísmo volteriano fuera inspirado en la ideología masónica, tal vez sea igualmente un error. Pues, como hace notar René Pomeau, las logias que admitían protestantes e incluso algunos israelitas, profesaban una tolerancia fun-

⁽¹⁴⁾ Paul Hazard, *La Pensée européenne au XVIII^e siècle*, Paris, 1947, 3 vols.

⁽¹⁵⁾ A propósito del Clero francmasón cf. José A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1977, vol. 4, pp. 37-181; José A. Ferrer Benimeli, «Le clergé franc-maçon pendant le XVIII^e siècle», *Tijdschrift voor de Studie van de Verlichting* [Brussel] n.º 1 (1977), pp. 6-25.

O Sagrado e o Profano

dada en la religión natural; pero estas ideas no eran en el siglo XVIII propiamente masónicas. Y el que Voltaire las defendiera no prueba que él fuese masón. De la misma forma que tampoco lo prueba el hecho de que utilice la fórmula del «Gran Arquitecto del Universo» (16). Aquí se trata de una cuestión de hecho: ¿Fue Voltaire masón antes de la iniciación oficial de 1778?

Las *Mémoires secrets* o *Journal d'un Observateur* del 21 de marzo de 1778 lo afirman o al menos lo sobreentienden. Pero, ¿son dignas de crédito? Wagnière, que era masón, niega esta filiación en sus *Memorias* escritas también por esas mismas fechas (17). Posteriormente no han faltado autores que lo han puesto en duda como Denys Roman, Pierre Chevallier, A. Germain o el propio Daniel Ligou, quien en su *Diccionario Universal de la Franc-Masonería* ni siquiera incluye a Voltaire en su sección biográfica.

En cualquier caso es seguro que Voltaire no se preocupó de servir a la causa masónica. En la inmensa correspondencia publicada por Théodore Besterman (más de 20 000 cartas) o en los tres volúmenes que contienen la correspondencia intercambiada entre Federico II de Prusia y Voltaire, se busca en vano un pasaje en el que Voltaire se manifieste como apóstol de la masonería (18).

De todas formas dejando la cuestión de lo paradójico que supone el que de las dos figuras máximas para cierta historiografía como prototipos del masón del siglo XVIII — Voltaire y Federico II — no se hayan conservado demasiados testimonios (19) que nos acerquen a una descripción

(16) René Pomeau, *La religion de Voltaire*, Paris, 1969, p. 434.

(17) *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des Lettres en France depuis 1762 jusqu'à nos jours ou Journal d'un Observateur*, Londres, 1782, t. XI, 21 marzo 1778; Wagnière, *Mémoires*, t. I, p. 463.

(18) Théodore Besterman, *Voltaire's Correspondance*, Genève, 1953; Friedrich II, *Briefwechsel Friedrichs d. Grossen mit Voltaire (1736-1778)*, Leipzig, 1908-1911, 3 vols.; José A. Ferrer Benimeli, «Voltaire y la Masonería», *Cuadernos de Investigación* [Logroño], mayo 1975, pp. 65-89; J. Lemaire, «L'image de Voltaire dans l'historiographie maçonnique de langue française», *Revue de l'Université de Bruxelles*, n.º 3-4 (1977), pp. 310-344. Sobre la amplia Bibliografía relativa a Voltaire y la masonería, cf. Ferrer Benimeli, *Bibliografía de la Masonería*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978.

(19) De Voltaire hay, al menos, dos referencias y ambas negativas, incluso despectivas respecto a la Francmasonería. Una de 1756 y la otra en el artículo «Iniciación» de su *Dictionnaire Philosophique*. Cf. Ferrer Benimeli, *ob. cit.*, *Voltaire y la Masonería*, pp. 67-68.

ideológica del masón en cuanto hombre, sí es cierto que, a veces, ciertas actitudes vitales pueden compensar dicha falta de testimonios.

La Enciclopedia

Con relación a la *Enciclopedia* y su pretendida paternidad masónica el erudito trabajo del prof. R. Shackleton es decisivo pues después de haber estudiado la cuestión (de la paternidad masónica de la *Enciclopedia*) concluyó de forma negativa. El número total de los colaboradores de la *Enciclopedia* es de doscientos setenta y dos. Hasta el presente sólo hay constancia de que fueran masones diez y siete colaboradores. De estos diez y siete se pueden hacer dos grupos: el primero contiene los nombres más ilustres, el segundo el de los colaboradores secundarios ⁽²⁰⁾.

En el primer grupo se encuentran el grabador Cochin, responsable del fontispicio de la *Enciclopedia*, cuya inspiración masónica es evidente; el marqués de Marnesia admitido en la logia *Neuf Soeurs* en 1782-83, diez y siete años después de la publicación de su artículo *Ladrón*; Voltaire autor del artículo *Gusto* al que Diderot añadió un complemento bastante insulso encontrado entre los papeles del difunto Montesquieu, lo que no autoriza a contar a este último entre los cooperadores de la obra; París de Meyzieu (miembro de la logia *Costos-Villeroy* en 1737); Peronnet, fundador de la Escuela de Ingenieros de Caminos [*Ponts et Chaussés*], Venerable de Honor de la logia *Uranie* en 1787-88, veinticinco años después de haber publicado un solo artículo; el conde de Tressan, masón desde el invierno de 1737; y finalmente el hermano de Jean-Baptiste Willermoz, el doctor Pierre-Jacques Willermoz.

Además desde el punto de vista ideológico el influjo de estos masones es más bien escaso, pues Tressan solo es autor de cuatro artículos militares; París de Meyzieu escribió, a su vez, el artículo sobre la *Escuela real militar*, y el doctor lyonés es el autor del artículo *Fósforo*. Finalmente Voltaire — como acabamos de ver — fue hecho masón solo unas semanas antes de su muerte.

⁽²⁰⁾ R. Shackleton, «The Encyclopedia and Freemasonry», en *Age of Enlightenment*. Studies presented to Theodor Bestermann, Edinburg-London, 1967; Pierre Chevallier, *Histoire de la Franc-Maçonnerie Française*, Paris, Fayard, 1974, vol. I, pp. 269-270.

El segundo grupo cuenta con nombres menos conocidos. Allí están los hermanos Andry, Béguillet, Cadet de Gassicourt, Chabrol, el conde de Milly Monneron, Pommereul y Turpin. El único que tiene más celebridad, sobre todo masónica, es el astrónomo Lalande, Venerable de la logia *Les Neuf Soeurs*. Por otro lado este segundo grupo, y es lo que le distingue del primero, contribuyó al *Suplemento de la Enciclopedia* publicado en cuatro volúmenes entre 1776 y 1777.

Así, pues, entre la *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert y la Masonería no hay más lazo de unión que la presencia entre doscientos setenta y dos colaboradores de sólo ocho masones, de entre los cuales Voltaire, el más ilustre, colaboró mucho antes de ser masón. Sin embargo en el *Suplemento* la colaboración masónica es algo más notable. El editor del *Suplemento* fue el masón Robinet establecido en Bouillon. Pero es preciso observar que la edición del *Suplemento* lanzada por Panckouke, también masón, se hizo sin que Diderot consintiera colaborar en ella.

En el mejor de los casos se puede decir que una fracción de la Masonería se sintió en unidad de inspiración y de acción con el movimiento filosófico ⁽²¹⁾.

Pero volviendo a la *Enciclopedia*, sea cierto o no que fuera sostenida por la Francmasonería, como afirma Jacques Brengues al decir que es seguro que muchos suscriptores fueron masones y que su difusión tuvo lugar sobre todo en las logias y en salones literarios paramasónicos, es también cierto que la *Enciclopedia* tuvo también sus más feroces enemigos entre ciertos masones: Palissot, el abate Desfontaines, Fréron, Lefranc de Pompignan y algunos otros ⁽²²⁾.

Tiene más interés saber si la *Enciclopedia* fue el soporte de la ideología masónica, o si tuvo un origen masónico no tanto práctico o personal cuanto ideológico. En este sentido y al margen de que la *Enciclopedia* en modo alguno fue iniciativa o ejecutada por masones y en un espíritu masónico, puesto que los maestros de la obra, Diderot y d'Alembert, no fueron ninguno de los dos masones nunca (y lo mismo se puede decir del editor André-François Le Breton ⁽²³⁾) — aun-

⁽²¹⁾ Chevallier, *ob. cit.*, vol. I, pp. 269-270.

⁽²²⁾ Jacques Brengues, en el *Dictionnaire Universelle de la Franc-Maçonnerie*, de Daniel Ligou, Paris, Prisme, vol. I, p. 447.

⁽²³⁾ Ahora sabemos gracias a J. Legras, *Diderot et l'Encyclopédie* y Pierre Chevallier que el editor de la *Enciclopedia*, André-François Le Breton (1708-1779) jamás fue masón. Se le confundía con Thomas-Pierre Le Breton, compañero orfebro fundador de la logia *Louis d'Argent*.

que Daniel Mornet en su obra *Los orígenes intelectuales de la Revolución francesa* haya escrito lo contrario — no se puede negar, en efecto, la afinidad que existe entre el espíritu de la masonería especulativa, hija de los masones operativos, y las ideas de Diderot y sus colaboradores sobre la dignidad y la importancia de las artes manuales y de las técnicas, aparte de que no se puede ocultar el parentesco existente con el fin fijado por Ramsay en su *Discurso* a los masones.

Ramsay

Discurso que constituye — ya en 1736 — una llamada a los masones para que colaboren por su parte en un *Diccionario universal de las artes liberales y de las ciencias útiles* que, aunque proyectado en Inglaterra, evoca ciertamente a la *Enciclopedia* francesa posterior. Al mismo tiempo Michel-André Ramsay (1686-1743) da una definición del papel internacional de la Francmasonería que será considerada como una de sus columnas.

En la versión de marzo de 1736, Ramsay dice en su *Discurso* que para entrar en la Masonería es preciso tener tres cualidades: la filantropía, la discrección inviolable y el gusto por las bellas artes. Pero en el texto de 1737, además de las tres primeras cualidades citadas, el autor añade una cuarta: la humanidad, mientras que la filantropía es reemplazada por la moral pura. Para Ramsay, la Masonería no es otra cosa que la resurrección de la religión noaquita, la del patriarca Noé, religión universal, anterior a tocto dogma, que permite sobreponerse a las diferencias y oposiciones de las confesiones, y cuya necesidad se impone después de las vanas luchas teológicas en las que las Iglesias cristianas se vieron inmersas después de la Reforma. El texto de 1737, impreso en 1738, invitaba a tos masones, con el proyecto del *Diccionario*, a una tarea intelectual y civilizadora que para Pierre Chevallier sobrepasaba sus intenciones y sus fuerzas ⁽²⁴⁾.

En una carta dirigida al marques de Caumont (1.º de abril de 1737) Ramsay describe al francmasón y la masonería, en aquel momento, de la manera siguiente:

«Tenemos en nuestra sociedad tres clases de miembros: los novicios o aprendices, los compañeros o profesos, los maestros o adeptos. A los primeros se les enseña las virtudes morales y filantrópicas; a los segundos las virtudes

(24) P. Chevallier, *oh. cit.*, t. I, p. 20.

heroicas e intelectuales; a los últimos las virtudes sobrehumanas y divinas. Antiguamente se permanecía tres meses postulante, tres meses novicio, y tres meses compañero antes de ser admitido a nuestros grandes misterios [los de la Maestría], y por medio de ellos llegar al hombre nuevo para solo vivir la vida del puro espíritu. Pero tras la degradación de nuestra Orden, se han precipitado demasiado las recepciones y las iniciaciones, con gran dolor de todos los que conocen la grandeza de nuestra vocación».

Condorcet y Montesquieu

Al lado de Ramsay es preciso hacer mención de otros dos francmasones: Condorcet y Montesquieu. Condorcet (1743-1794), miembro de la logia *Les Neuf Soeurs*, de París, así como de la Academia Francesa y de la Academia de Ciencias y Presidente de la Sociedad de Amigos de los Negros, habiendo protestado contra el antiguo procedimiento criminal y contra la pena de muerte, destacó también en su lucha contra la esclavitud. Su *Boceto de un Cuadro de los progresos del espíritu humano* y su *Proyecto de reforma de la Instrucción pública* nos permiten conocer su personalidad y su manera de pensar. Pero su obra, así como la de Montesquieu (1689-1775) no tiene ninguna alusión masónica, aunque sabemos por el *British Journal* del 16 de mayo de 1730 que este último fue iniciado el 12 de ese mes en Londres en la logia *Horn* teniendo el malleto de Venerable el católico duque de Norfolk.

Solidaridad, tolerancia e igualdad

A la luz de las *Constituciones* de Anderson y de los numerosos documentos conservados del siglo XVIII podemos preguntarnos cual era la finalidad de la Orden en aquella época, las características que la definían, el modelo de hombre resultante. Los textos masónicos reflejan bastante bien un cierto clima de virtuosa euforia. El abate Desfontaine describe al masón, en 1744, como

«un hombre honesto que ejercita los preceptos de la humanidad hacia todos y con un deber particular hacia sus hermanos, a los cuales está unido por un secreto que no puede revelar»⁽²⁵⁾.

⁽²⁵⁾Desfontaine, *Lettre de M. l'abbé de... à Mme. la Marquise de... contenant le véritable secret des Francs-maçons*, Anvers, Aux dépens de la Compagnie, 1744, pp. 6-7. La misma carta y definición se encuentra en *L'Ecole des Francs-Maçons*, Jérusalem, 1748, p. 11.

La sociabilidad y la virtud son, pues, según este autor, lo esencial de la actitud masónica. Se trata de un sistema de relaciones dobles. Por una parte cabe situar a la «humanidad», concebida como una solidaridad de principio entre todos los hombres, y en la otra una mezcla de predilección y complicidad con que se complace en rodearse de misterio a fin de encontrar uno de los estilos fundamentales de la vida feliz: una comunidad de personas escogidas, en el interior de un mundo cerrado ⁽²⁶⁾.

Dentro de esta línea de solidaridad, existe un matiz nuevo para aquella época de intolerancia religiosa. La Tierce, en 1745, hace esta descripción de la masonería:

«La Orden reúne bajo un mismo espíritu de paz y fraternidad a todos sus miembros, sean del partido que sean, y cualquiera que sea la comunión en que hayan sido educados, de suerte que cada uno, permaneciendo fiel y celoso de su propia comunión, no por eso ama con menos ardor a sus Hermanos separados. Es cierto que tienen diferencias de explicación en los dogmas, y de servicio en el culto, pero, no obstante, cada uno se atribuye en su comunión la misma esperanza, la misma confianza en el sacrificio eterno de Dios que ha querido morir por ellos. Reunión tanto más admirable cuanto que parece imposible, si una experiencia siempre mantenida en la Orden, no probara que existe realmente; reunión de los corazones, tal como los hombres mejores y más piadosos han deseado siempre, a falta de la de los dogmas» ⁽²⁷⁾.

Además de estas características de solidaridad y de tolerancia hay una nota, también clave en la masonería del siglo XVIII: la igualdad. Para el autor anónimo de los *Secretos de los Liberi Muratori revelados al público* (1786) los miembros de esta sociedad son todos hermanos que no se distinguen, ni por la dignidad y fortuna que poseen ni por la lengua que hablan, ni por el hábito que llevan, ni por las opiniones que tienen. La igualdad es su primera ley. Según este sistema, el mundo entero es considerado como una republica de la que cada nación es una familia, y cada hermano un hijo. Los individuos de esta sociedad, siendo todos hermanos, y

⁽²⁶⁾ R. Mauzi, *Uidée du bonheur au XVIII^e siècle*, Paris, Colin, 1960, p. 2.

⁽²⁷⁾ La Tierce, *Histoire des Francs-Maçons, contenant les obligations et statuts, un recueil des pièces apologétiques et des pièces de Poésies et Chansons, A l'Orient, chez G. de l'Etoile, entre l'Equerre et le Compas, vis-à-vis le soleil couchant, 1745, vol. I, pp. 85-86.*

hermanos que hacen profesión de ser razonables y virtuosos — añade el mismo autor —

«tienen el deber de amarse, de socorrerse recíprocamente, conducirse con probidad y honestidad con los otros hombres, y ser buenos y fieles ciudadanos del Estado» (28).

En este sentido el artículo sexto de las Constituciones exigía ya en 1735 que los hermanos evitaran, sobre todo en la logia, todo lo que pudiera romper la armonía entre unos y otros, como las discusiones y «en especial las disputas sobre religión, las naciones y el gobierno» (29).

El masón «ilustrado»

Dentro de esta visión universalista de ciudadanos del mundo es factible encuadrar la definición que el propio Ramsay hizo de la masonería, cuando la consideró como un establecimiento cuyo único fin era la reunión de los espíritus y de los corazones para volverlos mejores, y formar con el correr de los tiempos una nación espiritual (30).

Esta es, quizá, la razón que llevó en 1738 al autor anónimo de la *Relación apologética e histórica de la Sociedad de los Francmasones* a declarar que la masonería era una verdadera Confraternidad, una agradable Sociedad, o hablando más exactamente, una célebre Academia, cuyos miembros — que son todos iguales y se llaman compañeros, hermanos y amiaos — no buscan otra cosa que la satisfacción del espíritu, la calma de las pasiones en conversaciones modestas, cordiales y exentas de ruido y confusión, y en las que comen todos juntos, lo cual se realiza únicamente para autorizar la libertad y la cordialidad, y para estrechar más fraternalmente los nudos de la sociedad (31).

(28) Anónimo, *I segreti dei Liberi Muratori svelati al pubblico a loro dispetto*, Lugano, Agnelli, 1787, p. 26; Anónimo, *Del Istituto dei veri Liberi Muratori*, Ravenna, Neri, 1786, pp. 22-25; Anónimo, *Eloge sur la vraie confrérie des Francs-Maçons*, Milan, Pogliani, 1786, pp. VI-VII.

(29) Bibliothèque Nationale, Paris, Cabinet des Manuscrits, Fond FM⁴ 146: *Les devoirs enjointes aux maçons libres...*, artículo 6.

(30) Preclin-Jarry, *Les luttes politiques et doctrinales aux XVII^e et XVIII^e siècles*, Paris, 1956, t. 19, p. 756.

(31) Anónimo, *Rélation apologique et historique de la Société des Francs-Maçons*, Dublin, Odonoko, 1738, p. 44.

El Francmasón: Hombre de la Ilustración?

El saber qué era la francmasonería en el siglo XVIII es algo que no sólo despierta la curiosidad en nuestros días. Ya en 1740 los lectores suizos debían estar intrigados puesto que el semanario de Zürich *Der Brachmann* trae la respuesta de un francmasón que dice así:

«Un francmasón es un hombre que, allí donde vive, se somete a las leyes y ordenanzas del país. Nosotros tenemos mutuamente una auténtica amistad, sin que la profesión de la religión nos desuna unos de otros; pues lo mismo que el hombre y mujer de distintas confesiones pueden amarse mutuamente con toda seguridad y pacíficamente, también puede la diversidad de religiones no tener entre nosotros ningún influjo peligroso. En Constantinopla dejamos a los señores musulmanes completamente libres de reconocer y difundir los dogmas de Mahoma. En Roma se pueden tocar todas las campanas, tener procesión, llevar de un lado para otro los huesos de los santos y otras cosas por el estilo; todo esto no estorba al francmasón en su paz y satisfacción; él no lo mira como algo contra lo que tenga que luchar. Un francmasón es, ante todo, un buen ciudadano y súbdito, allí donde se encuentra, porque todas nuestras ordenanzas van a conseguir la paz, seguridad y razón, la libertad y la justicia en el mundo. Y cuando averiguamos que alguien de nuestra sociedad ha cometido algo malo o injusto, inmediatamente es expulsado de nuestra compañía, y tenido por muerto, como antiguamente entre los pitagóricos, como si nunca hubiese vivido en el mundo» (32).

Por su parte Entick, en 1754, también enjuicia a los libres y aceptados masones en su obra *The Pocket Companion and History of Freemason*. Allí dice que son una sociedad de hombres de todas las edades, condiciones, religiones y países, que siempre se han mostrado tan amantes de la virtud, que continuamente la buscan y nunca la traicionan (83).

En síntesis, pues, la Masonería de la época de las Luces viene a ser una escuela de formación humana basada en el Simbolismo, la Filantropía y la Educación; y constituye una asociación cosmopolita que busca el bienestar y utilidad de la sociedad humana por encima de las diferencias de lengua, cultura, religión, raza o ideología política.

El fin de la Masonería, a la luz de sus Constituciones consiste en la construcción de un templo de amor o frater-

(32) *Der Brachmann*, Zürich, 1740, t. 42, p. 329; Karl J. Luthi-Tschanz, *Die Freimaurerei im Freistaat Bern (1739-1803)*, Blätter für bernische Geschichte (1918) 154.

(33) Entick, *The Pocket Companion and History of Freemasons... and Apology for the Free and Accepted Masons*, London, Scott, 1754, pp. 243-244.

nidad universal basado en la sabiduría, en la fuerza, en la belleza, en la práctica de la tolerancia religiosa, moral y política, en la lucha contra todo tipo de fanatismo y en el ejercicio de la libertad.

Por lo tanto el Francmasón de la Ilustración estará marcado por una doble finalidad: El perfeccionamiento del hombre, y la construcción de la Humanidad. Doble objetivo que está íntimamente ligado, pues al desarrollarse el individuo se desarrolla la Humanidad a través de un mutuo perfeccionamiento y de una continua interacción educativa. Tarea intelectual y civilizadora al mismo tiempo, realizada a través de la filantropía o de la moral pura, de la discreción y del gusto por las artes y el humanismo.

Finalmente las características que configuran al francmasón en cuanto «tipo» de la Ilustración, son las siguientes: La de ser un buen ciudadano y súbdito preocupado por la paz, la seguridad, la razón, la libertad, la justicia, la tolerancia, la igualdad, la fraternidad y la solidaridad entre todos los hombres.

Masonería e Iluminismo

Sin embargo la Masonería, en el siglo XVIII, presenta un doble aspecto que ha suscitado no pocas polémicas e interpretaciones, por parte de los historiadores.

Por un lado la Masonería aparece como una asociación de espíritu racionalista y de inspiración humanitaria con la misión de difundir los principios democráticos que serían recogidos, a finales de siglo, en las Declaraciones de los Derechos del Hombre, y en las Constituciones políticas de los Estados modernos.

Pero las ideas claves de igualdad natural, de libertad individual, de solidaridad social encontraron en la Masonería, a lo largo del siglo de las Luces, un órgano de expresión que se dirigía a la vez a la razón práctica de sus miembros, para persuadirles de la vanidad y nocivo de las distinciones arbitrarias que establecían entre los habitantes del universo las clases, las fronteras y las confesiones religiosas; y por otra parte se dirigía a su sensibilidad exaltando los sentimientos altruistas que duermen en el corazón de todo hombre honesto.

En un principio se pretendía una reforma moral y social universal y profunda. A base de un entrenamiento sistemático, tan eficaz como discreto habituando a sus discípulos a amarse fraternalmente, y a ejercer una caridad activa hacia los indi-

gentes, enfermos y huérfanos, este instituto de educación para adultos debía formar una elite de ciudadanos cuyo benéfico influjo aproximaría, sin provocar sacudidas violentas, a las diferentes clases de la sociedad civil, haría la autoridad de los gobiernos más humana y la suerte de sus súbditos más soportable.

Es decir, que estaríamos ante una asociación heredera directa de los planes de reforma social o religiosa expuestos en la *Nueva Atlántida* de Francisco Bacon, en la *Utopía* de Tomás Moro, en la *Ciudad del Sol* de Campanella, en la *Pan-sophiae Diatyposis* de Comenius, o en el *Pantheisticon* de Toland.

Recordemos que ya en 1776 Mirabeau redactó una *Memoria relativa a una asociación íntima a establecer en la Orden de los Francmasones para llevarla a sus verdaderos principios y hacerla más útil al bien de la humanidad*; y en ella asigna a la Masonería la misión de introducir la razón, el buen sentido, la sana filosofía en la educación de todos los hombres, y además le encarga la tarea de la reforma de los abusos: milicia, servidumbre, prestaciones vecinales, órdenes de arresto, señoríos, intolerancia... enfin la tarea de reformar el gobierno y la legislación⁽³⁴⁾.

Pero la Masonería, en el siglo XVIII, debido a la antigua tradición corporativa de la que era heredera, a las doctrinas que profesaba y a la forma que adoptó, se presenta también como una asociación de espíritu místico que en algunos momentos y lugares se inclinó hacia el racionalismo y el humanitarismo utilitario, pero sin alterar esencialmente el carácter cristiano primitivo de la sociedad.

Fraternidad y secreto

Las razones profundas de la vitalidad que manifestó la Masonería bajo sus diferentes formas, las causas psicológicas que aseguraron su existencia y su crecimiento tanto en su país de origen, Inglaterra, como en el resto de Europa, pueden resumirse — según Le Forestier — en dos palabras: fraternidad y secreto. Empleando una imagen familiar a los ma'

⁽³⁴⁾ Daniel Mornet, *Les origines intellectuelles de la Révolution Française*, Paris, Colin, 1953, pp. 386-387. Hoy, sin embargo, se sabe que el autor de este texto no es Mirabeau — que se contentó con copiarlo —, sino Jakob Mauvillon, un fisiócrata alemán, iluminado de Baviera y amigo muy próximo a Mirabeau.

sones, estas fueron las dos columnas del templo masónico. Y estos principios, tal como los concebía la masonería eran de origen o tendencia mística. El primero procedía de un postulado religioso; el segundo conducía directamente al dominio misterioso de las ciencias ocultas (35).

A este culto a la fraternidad, uno de los *leitmotiv* de todos los ritos masónicos, debió, en parte, la Masonería la fuerte atracción que ejerció en Inglaterra y en el continente. Pero sería interesante saber si la fraternidad humana que preconiza el humanitarismo materialista no es, en un último análisis, una versión laicizada del amor fraternal que une lógicamente a los fieles de una misma confesión religiosa en virtud del parentesco espiritual que establece entre ellos su calidad de hijos del mismo Dios.

La respuesta en lo que concierne a la masonería primitiva es afirmativa. Pues lejos de inclinarse hacia el deísmo puro, como se suele admitir ordinariamente, era resueltamente cristiana.

El libro de las *Constituciones* de Anderson, aprobado oficialmente en 1723 por la Gran Logia de Londres, declara al neófito que

«si comprende bien el arte (es decir el carácter de la asociación) no será ni un ateo estúpido, ni un libertino irreligioso»;

dicho de otra forma, un libre-pensador o incluso un deísta (36).

La *Defence of Masonry* impresa en apéndice en la 2.^a edición del Libro de las *Constituciones* (1738) dice textualmente:

«La religión, y únicamente la religión cristiana, está presente en nuestra Orden, y es tan difícil separarla de ella que, por así decir, constituye la base y el sostén de ésta».

De ahí que — al menos en sus orígenes — cuando se decía que los hombres están de acuerdo» se pensase en el cristianismo. Y de ahí también los problemas que tuvieron en su día los miembros de otras religiones, como los judíos y los mahometanos.

(35) René Le Forestier, *La Franc-Maçonnerie templière et occultiste*, Paris, Aubier, 1970, pp. 28-29.

(36) Sobre esta cuestión cf. José A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Madrid, Fundación Universitaria Española 1983, vol. I, pp. 54-63.

La tolerancia que predicaba la Masonería no provenía, pues, de una indiferencia de principio en materia de fe; se aplicaba exclusivamente a los miembros de las numerosas sectas cristianas entonces existentes en Inglaterra.

El secreto celosamente guardado que la Masonería observaba sobre signos y palabras de reconocimiento, sobre las ceremonias de introducción en la Sociedad y en la recepción de diferentes grados, y en general sobre lo que se decía o hacía en las asambleas tenidas a puerta cerrada, fue otro factor, quizás el más decisivo, de su éxito. El silencio que los masones simbólicos o especulativos debían guardar obligatoriamente sobre los «trabajos» de la logia, era un legado de las corporaciones, ya que en aquel entonces los obreros especializados tenían un gran interés en conservar el monopolio de los conocimientos técnicos, de los procesos empíricos y de las habilidades manuales adquiridas al precio de siete años de aprendizaje y que les aseguraba un rango privilegiado entre los constructores.

Tal vez la Masonería especulativa recibió este secreto simplemente como parte integrante de una herencia sobre la que se atribuía derechos de sucesión, ya que una asociación filantrópica, respetuosa con la religión dominante y sin pretensiones políticas, no tenía necesidad de tanto misterio, tanto más que jamás había pensado en ocultar su existencia. Pero fuera cual fuere el motivo que dictó su conducta: fidelidad a la tradición o cálculo tácito, la experiencia probó que el secreto masónico era un medio de reclutamiento particularmente eficaz. No hay duda que la curiosidad llevó a la logia a tantos o más candidatos que los principios humanitarios profesados por los hermanos.

Conocimientos esotéricos

El atractivo era tanto más fuerte cuanto que esta curiosidad no era solamente fruto del deseo banal por descubrir lo que una cortina o un muro podía ocultar a las miradas del transeúnte. Tenía un objetivo más preciso; esperaba encontrar en el santuario cuya entrada estaba prohibida a los profanos, a través de la interpretación de emblemas que allí se exponían, de ceremonias rituales, de fórmulas enseñadas a los catecúmenos, de instrucciones dispensadas por los superiores, la revelación o al menos los vestigios todavía reconocibles de conocimientos esotéricos transmitidos por una tradición secreta. Por lo que afirmaba y por lo que ocultaba,

por la antigüedad de su origen que hacía remontar a los primeros tiempos de la creación, y por el silencio absoluto que observaba sobre sus prácticas, la Masonería despertaba, lo quisiera o no, la idea de que conservaba el depósito de las ciencias ocultas, y por ello la recepción en la logia adquiría en la imaginación de más de un postulante, la figura de una verdadera iniciación.

La propia historia fabulosa de la Masonería que formaba en el Libro de las *Constituciones* de Anderson el prefacio desmesurado de los reglamentos copiados de los antiguos «deberes» de los artesanos de la piedra, no hacía sino confirmar en su espera a los amantes de los conocimientos secretos. Anderson, usando de todos los recursos de una pedante erudición, no tuvo reparo en hacer figurar, en la primera edición de su obra, entre los personajes célebres que habían conservado y enriquecido «la buena ciencia de la Masonería» a Pitágoras «discípulo de los egipcios y de los judíos de Babilonia», así como a los «Magos de Caldea». Aseguró que la cuna de la masonería había que buscarla en Oriente, «país siempre famoso por las ciencias simbólicas y secretas»; recordó que los egipcios disimulaban bajo jerglíficos los misterios más profundos de su religión, y que los judíos tenían la más alta opinión de la ciencia de los cabalistas, en la que habían destacado David y Salomón, y cuya práctica confería a los iniciados facultades extraordinarias.

Alquimia y Cábala

Todas estas ideas pseudo-místicas que evocaban los sueños de Anderson se condensaron, en ciertos sectores de la Masonería, alrededor de dos polos principales: la alquimia y la cábala.

La alquimia fue en el siglo XVIII el estudio preferido de los ocultistas. A la alquimia, que parece haber sido en un principio únicamente una técnica en Egipto, su patria, desde el siglo III de nuestra era se le añadieron elementos místicos tomados de la magia y de la astrología caldea, del neopitagorismo, del gnosticismo judío, y pronto formaron parte integrante del arte hermético. Por su lado los alquimistas occidentales, educados por los árabes y judíos, aportaron su contribución a la elaboración del credo hermético. Teniendo en cuenta las influencias astrales y los cálculos de la aritmosofía, hicieron intervenir en la práctica de la alquimia un elemento religioso; implantaron el principio de que

el adepto más experimentado no podía prescindir de un concurso sobrenatural para el éxito de sus trabajos, y que este concurso dependía esencialmente de sus disposiciones morales. Efectivamente, solo podía comprender el sentido exacto de las alegorías y términos simbólicos encontrados en los tratados de la alquimia gracias a una *iluminación* venida de lo alto; y el éxito de toda manipulación tenía como primera condición la colaboración de las potencias espirituales. Iluminación y acciones espirituales que debían ser merecidas por una piedad fervorosa y por la nobleza de las intenciones del «laborante».

De estos postulados místicos procedían los tres artículos fundamentales en los que estaban de acuerdo todos los adeptos del siglo XVI a XVIII: culto particular de Cristo considerado como el canal por el que la gracia divina viene a ilustrar el espíritu del alquimista y fecundar su trabajo; fraternidad entre los cristianos de todas las confesiones; beneficencia hacia todos los hombres ⁽³⁷⁾.

Por su parte la palabra Cabala que significa etimológicamente «tradición» se convirtió desde el siglo XIII en el nombre genérico de todas las ciencias ocultas. Y en el siglo XVIII englobaba tres géneros de magia: Cabala práctica o brujería vulgar; cálculos cabalísticos o procedimientos de adivinación por el empleo de la aritmosofía; Cábala divina o teurgia realizada con la ayuda del Tetragramma, nombre secreto de la Potencia Suprema, que ponía al hombre en relación directa con la Sabiduría divina, revelándole así por iluminación íntima las relaciones existentes entre el Creador y la creación.

Este último género de Cábala, el más ambicioso, pero también el más desinteresado es el que — a juicio de Le Forestier — habían elegido los «Antiguos Masones»; su rito particular se inspiraba abiertamente en el misticismo judío cuyos principales postulados eran conocidos de todos los ocultistas occidentales a raíz de los estudios que les habían consagrado en la época del Renacimiento los cabalistas cristianos entre los que habría que citar al alemán Reuchlin y al italiano Pico de la Mirándola ⁽³⁸⁾.

En este contexto la «otra» Masonería del siglo XVIII, aquella llamada templaria y ocultista — según su historiador René Le Forestier — nos relaciona con toda una serie de

⁽³⁷⁾ Le Forestier, ob. cit., pp. 33-34.

⁽³⁸⁾ *Ibidem*, pp. 44-45.

masones iluminados y sus múltiples experiencias, como las logias escocesas, los rosa-cruces, los filaletas, la Estricta Observancia Templaría...

El escocismo

Algunos hermanos cansados de la monotonía de las sesiones masónicas o fascinados por la jerarquía característica del Antiguo Régimen, rompen el ideal de igualdad y constituyen una jerarquía específica con un número cada vez mayor de grados. De la misma forma que en 1721 se había añadido el de Maestro a los grados de Aprendiz y Compañero, se instituyen nuevas etapas en la vía de la iniciación inspiradas frecuentemente en la Orden de Caballería. Por encima de los tres grados azules, se suceden los Talleres de Perfección (rojo), del 4.º al 14.º grado; después los Capítulos del 15.º al 18.º; a continuación los Aerópagos (negro); finalmente la Inspección (blanco). Más tarde serán sobrepasados los 33 grados. Los títulos adoptados son prestigiosos: Elegido de la Bóveda Sagrada, Soberano príncipe Rosa Cruz, Gran Pontífice o Sublime Escocés llamado de la Jerusalén celeste... (39).

Los grados se concedían siguiendo ritos cada vez más complicados, y con un simbolismo cada vez más esotérico. Los miembros de las logias masónicas escocesas se comprometieron en las vías misteriosas del ocultismo: rosicrucianismo, observancia templaría, teosofía...

Este rito escocés refleja una corriente del siglo XVIII indiferente u hostil al racionalismo que se imaginaba haber triunfado sin reservas en el siglo de las Luces. Revela una sed de conocimientos y una exaltación de las posibilidades del hombre características del *Aufklärung*. El desarrollo o la impotencia del saber positivo postulan la vuelta hacia los principios y el recurso a claridades en las que se combinan y entrecruzan la metafísica universal y la eterna religiosidad (40).

Lejos de ser anti-religiosa — escribe Roger Priouret — la Masonería del siglo XVIII es cripto-religiosa; al menos

(39) C. H. Chevalier, «Maçons écossais au XVIII^e siècle», *A.H.R.F.*, n.º 197 (julio 1969), pp. 393-408.

(40) Louis Trenard, «Lumières et Maçonnerie dans la seconde moitié du XVIII^e siècle», *Revue des Etudes Maistriennes*, n.º 5-6: *Illuminisme et Franc-Maçonnerie*, Paris, Les Belles Lettres, 1980, p. 34.

«cierta» Masonería. Lejos de estar ligada al racionalismo clásico anuncia al romanticismo que es su deslumbrante negación ⁽⁴¹⁾.

Rosa-Cruces y Filaletas

El mito de Christian Rosenkreutz reaparece. El rosa-crucianismo puede ser considerado — según Louis Trenard — como un elemento de transición entre el neoplatonismo, la alquimia, el paracelsismo y la Francmasonería; pero es difícil distinguir entre los lazos ambientales y la verdadera filiación. No obstante temas sacados de las novelas atribuidas a Valentin Andreas se encuentran en los rituales masónicos y en particular en la llamada masonería de los Caballeros Masones Elegidos Coëns del Universo ⁽⁴²⁾.

Por su parte Savalette de Lange, antiguo abogado del Parlamento y miembro activo del Grande Oriente de Francia, propuso en 1770 establecer un programa de investigaciones ocultistas, sin catecismo, sin ceremonial, sin nueva leyenda. Constituyó un Colegio de Filaletas afin de encontrar los vestigios de antiguos conocimientos olvidados. Reunió un Convento en 1785 y allí reafirmó que la religión es la base esencial de la ciencia masónica; que procura el conocimiento más completo del hombre, de Dios, del Universo, de sus relaciones; que la masonería se remontaba a la creación del hombre, y que ella mantenía relaciones con la alquimia y la cábala, si bien la teosofía cristiana debía ser preferida de los masones ⁽⁴³⁾.

La Estricta Observancia Templaria

El tema templario también alcanzó importancia cuando utilizando la dinámica del secreto que quiere que un secreto se superponga a otros se llegó a la historia de la Orden del Temple. Los creadores de ritos, como el pastor Juan-Augusto Starck, el baron de Hund o Carlos de Sundermania cons-

⁽⁴¹⁾ Roger Priouret, *La Franc-Maçonnerie sous le Lys*, Paris, Grasset, 1953, p. 257.

⁽⁴²⁾ P. Arnold, *Les Rose Croix et ses rapports avec la Franc-Maçonnerie*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1970.

⁽⁴³⁾ René Le Forestier, *Les convents des Philalèthes*, Cahiers de la Tour Saint-Jacques, 1960, pp. 35-46.

truyeron misterios que reunían de forma muy hábil elementos esotéricos, alquímicos, y ocultistas con la filiación templaria,

Para los miembros de la *Estricta Observancia Templaria* no se trataba de vengar a Jacques de Molay, ni de recuperar sus riquezas, sino de encontrar los secretos.

En Francia, en Lyon, Willermoz creó la rama francesa de la *Estricta Observancia* bajo el nombre de los *Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa*. Joseph de Maistre, con el sobrenombre de Josephus a Floribus fue uno de sus miembros más célebres.

Las tendencias místicas

Pero fundamentalmente lo que llama la atención es el despertar de diversos movimientos místicos, como si las Luces estuvieran hechas tanto de irracional como de racional, de búsqueda emotiva de sociabilidad y de reflexión crítica ⁽⁴⁴⁾.

Viene a ser algo así como la réplica al racionalismo árido y reviste formas múltiples desde las del charlatán — como un Cagliostro y su Masonería Egipcia — hasta los pensamientos místicos o teosóficos de un Joseph de Maistre, Claude de Saint-Martin, Martines Pasqually, Jean-Baptiste Willermoz, Emmanuel Swedenborg, Zacharias Werner, Franz Anton Mesmer, etc. sin olvidar a Adam Weishaupt y sus Iluminados de Baviera ⁽⁴⁵⁾.

Este iluminismo tomado de la Cábala, de la gnosis, de los misterios iniciáticos suscitó vivas reacciones en vísperas de la crisis revolucionaria.

En realidad, estas masonerías, durante la segunda mitad del siglo XVIII, dejaron profundas huellas en la política, en la literatura, en las mentalidades. La historia de las ideas hace que aparezca entre la mística y la política un lazo permanente, pero a veces difícil de definir; este lazo existe más o menos entre la filosofía de las Luces y las revoluciones occidentales, entre el romanticismo místico y las Restauraciones. Entre los místicos, la utopía política se asocia a sus aspiraciones religiosas; entre los políticos, los mitos se esconden bajo las superestructuras ideológicas ⁽⁴⁶⁾.

⁽⁴⁴⁾ Roland Mortier, «Esotérisme et Lumières, un dilemme de la pensée du XVIII^e siècle», en *Clartés et Ombres*, Paris, 1969, p. 60.

⁽⁴⁵⁾ Antoine Faivre, *Mystiques, théosophes et illuminés au siècle des Lumières*, New York, 1976.

⁽⁴⁶⁾ Trenard, *ob. cit.*, p. 44.

Contra-revolución y misticismo o iluminismo son dos polos que, en algunos casos, se ponen especialmente de manifiesto como en los Iluminados de Baviera.

Los Iluminados de Baviera

Su historiador, Le Forestier, ve en ellos a la vez una sociedad de enseñanza, un instituto de educación social y científica, un grupo de ayuda mutua y solidaridad. Contrariamente a su contemporánea la *Estricta Observancia*, no es en forma alguna «iluminista» en el sentido francés de la palabra, sino «Aufklärer» en el sentido alemán. «Ilustrado» y no « « Iluminado » ».

El secreto de la Orden consistía en «dar a los hombres su libertad y su igualdad originales y abrirles el camino que conduce a ellas». El hombre debe reconquistar su dignidad primitiva por la vía moral y por la ascésis, por el estudio de la ciencia. La Orden recomendaba moderar sus deseos: «tener pocas necesidades es el primer paso hacia la libertad». Esta emancipación de la humanidad será llevada por las sociedades secretas. Por ellas el hombre se levantará de su caída, los príncipes y las naciones desaparecerán de la tierra sin violencia. El género humano se convertirá en una sola familia; el mundo será la sede de hombres racionales. Solo la moral producirá insensiblemente este cambio.

De esta forma el grupo de Baviera — Weishaupt y sus Iluminados — nos presenta otra forma de utilización de la Masonería por medio de la transformación de sus rituales, organización y estatutos, afín de constituir una verdadera sociedad secreta cuyo fin supremo sería una especie de idea anarquista, tras la destrucción del trono, del altar y de la propiedad.

Pero mucho antes de la muerte de sus protagonistas la leyenda se apoderó de su obra e hizo de este grupo destinado a imponer el triunfo de las Luces en la católica Baviera, un «deus ex machina» de las grandes evoluciones revolucionarias de fines del siglo XVIII. La leyenda parece ser que se formó ya muy pronto, tal vez desde 1790, y estaba destinada a perpetuarse hasta nuestros días. Baste recordar los nombres de Luchet (1788), Bahrdt (1790), Hoffmann (1793), Zimmermann, Robinson, Barruel, Starck, etc. etc. (47).

(47) Cf. José A. Ferrer Benimeli, *Bibliografía de la Masonería*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, pp. 167-172; 258-263.

De esta forma la Orden salida de la imaginación de Weishaupt y a la que Knigge supo dar sus ritos y filosofía se convirtió en el prototipo de las sociedades secretas no tanto iniciáticas cuanto políticas del siglo XIX, realizando el fenómeno que Jean Baylot ha designado como la «Vía sustituida» (48), y que ya el abate Barruel mitificó en una especie de lógica de las contradicciones en la que el francmasón de las Luces — el verdadero prototipo de la época por su calidad y número (49) — fue transformado ante el gran público en el francmasón de los Iluminados de Baviera, es decir en el representante de la revolución contra el trono y el altar tan explotada por los antiliberales del siglo XIX (50).

(48) Jean Baylot, *La Voie substituée. Recherche sur la déviation de la Franc-Maçonnerie en France et en Europe*, Liège, Borp, 1968.

(49) La importancia de estos masones tanto por el número de logias a las que pertenecían y su difusión por la mayor parte de Europa, contrasta por su influjo con los grupos minoritarios, llámense místicos o iluminados, que algunos autores pretenden convertir en el prototipo de la Masonería del siglo de las Luces, de la que tan solo formaban una pequeña rama escindida, y en algunos casos considerada por los propios masones contemporáneos como espúrea y heterodoxa.

(50) José A. Ferrer Benimeli, *Bibliografía de la Masonería*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1978, pp. 93-97; 167-172; 352-367.